



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12058

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ra.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 21 DE ENERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La crisis obrera

Con los acuerdos relativos a la construcción de carreteras toma dos por los ayuntamientos de Cartagena y La Unión y con la colecta realizada por el Círculo Mercantil de la ciudad vecina,—destinada también para obras públicas,—quedará solucionada de momento la crisis del trabajo. Pero ¿qué sucederá luego?

Manifiesta un periódico unionense que se han inscrito ochocientos obreros pidiendo ocupación. No nos extraña; mayor número han dejado las minas paradas inactivas y todos irán a inscribirse pidiendo lo mismo. Ya lo dice el refrán: «cuando no se siega se espiga».

Por de contado, habrá trabajo para los que lo piden; pero como el número aumentará a medida que se reduzca la labor minera, resultará a la postre que el sacrificio realizado remediará bien poco.

Atraídos por las obras emprendidas, no tardará en venir, pidiendo ocupación, numeroso contingente de trabajadores extraños al país; y como no se les podrá atender, o se les atenderá reduciendo de aquellos para los cuales se hace el sacrificio, quedará siempre un remanente de obreros parados y en estado latente la crisis obrera.

Nadie vea en esto que decimos, ni sombía de censura por los acuerdos municipales adoptados. Lo que sentimos es que no se hagan cuatro carreteras en lugar de dos y que no se ocupen mil trabajadores en vez de quinientos; pero señalamos un fenómeno que ha de producirse y que no podrán remediarlo los municipios del distrito minero ni el grupo de patronos que

han dado ejemplo de generosidad en el Círculo Mercantil de La Unión.

Nos encontramos en estos momentos enfrente de una incógnita. ¿Cuántos son hoy los trabajadores sin ocupación? ¿Cuántos serán dentro de quince días?

Si hemos de razonar con lógica, mañana serán más que hoy y al otro habrá crecido el número. Hay mucho campo desde el actual cambio con el extranjero hasta el cambio a la par y esa extensión tan grande no pueden atravesarla nuestras pobres minas sin perecer en la catástrofe.

Por nuestro mal hay que hablar claro en este asunto—la vida del distrito minero era ficticia; nacia de la asonada de los cambios y a medida que se vaya restableciendo el equilibrio, se le irá acabando e a vida y se irán quedando sin trabajo los miles de obreros que actualmente se ocupan en labrar galerías y pozos y en arrancar y concentrar minerales.

Para hacer frente a esa situación que amenaza mas ó menos pronto, no son bastantes las iniciativas de dos ayuntamientos, aunque les ayude el grupo de industriales unionenses; y si la provincia en la parte que pueda y el Estado con sus grandes medios no ayudan a la solución de este problema obrero que se anuncia aquí con caracteres que nunca ha tenido en parte alguna, vamos a presenciar—si Dios no lo remedia—un espectáculo tristísimo.

Quisiéramos no ser pesimistas, pero no lo podemos remediar. Cuanto mas lo pensamos, mas lo somos.

LUTO

Me muero, niña...
Cuando me muera
cubre tu cuerpo, tu cuerpo blanco,
de negras ropas... Pero ¡tan negras
como la muerte
que ya me acecha
como la vida
que á ti te espera,
como las horas
que á mi me restan,
como tu llanto,
como mi pena!...
¡Más negras dices!...
Pues sí, ¡más negras!...
Como la sombra de tus pestañas,
como tus ojos, como tus trenzas...

J. Alvarez Quintero.

MICROSCOPICAS

Leyendo esa tragedia ocurrida en las calles de París, se me ocurre exclamar:

—A todo hay quien gane.

Nos quejamos de la policía española porque no atrapa al carterista en el momento de robar la cartera del distraído transeúnte y no vemos las dos cuadrillas de bandidos que se tirotean y matan en pleno París, sin que la vigilancia de la gran capital se aperceba del caso.

Si Alejandro Dumas hubiera presenciado en Madrid el suceso parisíense, se hubiese afirmado en su célebre frase sobre el punto en que comienza el África.

¿Que qué es el África?

Poquita cosa: Dos capitanes de bandidos que rifan á tiros por una mujer y que repiten la faena en la vía pública, asistidos de sus correspondientes mesnadas, dejando un muerto en tierra, única cosa de que se ha podido apoderar la policía.

A todo hay quien gane.

Frente á ese suceso ¡qué valen los secuestros que dieron fama al Bizco y á Melgares ni los hechos de los niños colchinos y Jaime el Barbudo, ni las proezas de aquel José María que como rey de Crevillente trataba de potencia á potencia con el rey de Madrid! Nada; ninguno de esos indivi-

dúos que han escrito su historia, con ilustraciones atrevidas, en el libro del crimen, le llega al manejo al par de forajidos que, al frente de sus fuerzas respectivas, se han jugado á puñaladas y tiros el alma de una hembra.

El asunto parece de novela, pero de historia pura, suceso reciente, de actualidad que ha escandalizado á la prensa francesa, ha sido el tema de una novela.

Todo acaba de salir publicado en una revista y en un libro, y se llama «Les Femmes de Paris».

Hay que variar, ¡hay que variar!

CURIOSIDADES

Los autores de las canas son, según la última teoría, los fagocitos, ó sean las células blancas de la sangre, cuya función consiste en absorber y en comerse las partículas vivas é inanimadas, microbios ó polvos que se encuentran en el camino.

Son, como es sabido, el ejército defensor del organismo contra las invasiones de elementos nocivos.

El ilustre sabio Metchnikoff, cuyos estudios sobre las canas de la vejez recordarán á nuestros lectores, afirma que en la época de la vida, los fagocitos se ocupan de devorar el pigmento que se acumula en la piel.

De ese modo puede darse explicación al fenómeno extraordinario que tantas veces se ha referido, y que siempre encuentra en los creóculos de personas á quienes se les ha puesto blanco el pelo en unas cuantas horas bajo la influencia de emociones muy vivas.

Basta para ello admitir que bajo tales influencias se han desarrollado en la sangre venenos de origen interno, y esos venenos han servido de excitantes poderosos para los fagocitos del pelo.

Lo cierto es que si se examina un cabello medio canoso, se descubren en él muchos fagocitos con el interior del cuerpo más ó menos lleno de pigmento, cual si estuvieran en el acto de comerse éste; mientras

que en pelos blancos no se encuentran ni fagocitos ni pigmentos.

Las langostas no pueden vivir juntas en paz.

Si se mete en un acuario unas cuantas recién nacidas, á los pocos días sólo se encuentran una muchacha más grande que lo que se esperaba: es que ha devorado á todas sus compañeras.

La ciencia de la Geografía fue introducida en Europa por los marcos en 1240.

No hay duda de que la raza amarilla se va adelantando á la raza blanca. Los europeos vemos desde hace tiempo apilados á los tranvías la tracción animal, la de vapor, la de aire comprimido y la eléctrica; pero los japoneses se nos están echando encima imaginando un nuevo sistema, la tracción humana.

Desde hace algún tiempo, entre los buques bastante importantes del litoral de la provincia de Tlaxcala, Atlix y Tlaxiaco, circula un tranvía sobre sus carriles correspondientes tirado por dos robustos japoneses. Los tranvías japoneses del vehículo, otros lo empujan y cuando van á bajar algunos viajeros de arriba en los carriles, esos que no dejan de impresionar un tanto á los viajeros que se ven limitados á una velocidad por una vía que no les ofrece ninguna seguridad.

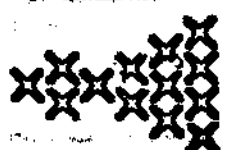
Dicha línea, cuyo largo es de doce kilómetros, no tiene ninguna estación ni punto de parada, pero los viajeros que están interesados en la tracción humana se recorren en dos horas.

¡QUÉ ME PLACE!

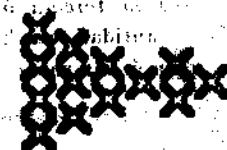
«La Epoca» ha hablado otra vez del asunto á la bandera, del que se acordaban muy pocos hasta que el señor Cánovas le trajo de nuevo á las costumbres públicas.

Y dice el colega en este tercer toque que le dá al asunto, pues son tres los que le lleva dados desde aquella ocasión:

«Al salir esta mañana de Palacio, después de la parada, un regimiento de Infan-



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



269

LOS CRUZADOS

Inspiraba más confianza y le compraban más reliquias.

El segundo día de viaje, Zbischko al anochecer vió las torres del castillo de Tzechanov; se detuvo en una posada para ponerse coraza y casco, blandió la lanza y erguido sobre su celoso caballo, después de perseguirse, marchó en dirección del castillo, donde quería entrar armado según costumbre.

—Había andado pocos pasos, cuando el tobeque le dijo:

—Señor, detrás de nosotros avanzan unos caballeros que deben ser templarios.

Zbischko revolvió su caballo y vió á poca distancia una lucida escuadra, delante de la cual, cabalgaban dos caballeros sobre briosos corceles, armados de todas armas con capas blancas y en estas la cruz de la orden.

—Son templarios, voto á Dios,—murmuró Zbischko.

Y sin percatarse de ello se inclinó sobre el cuello del caballo y bajó la lanza.

El tobeque al verlo, se humedeció la mano con saliva, para afianzar mejor el asta del bache.

La gente de Zbischko, que era muy experta y conocía bien las costumbres caballerescas, se preparaban no para la batalla, cuando lucían caballeros no to-

268 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

de honor se depositaron antes de Navidad; pero ignoraba sus nombres.

—Danusia,—dijo,—no debe haberse casado porque no era natural que lo hiciera sin estar presente su padre, y éste no ha ido á la corte. En ella están en la actualidad dos templarios, como Jurand no puede resistir la vista del manto blanco con la roja cruz, no va nunca á la corte.

—Si lo deseáis, enviaré un mensajero fiel para saberlo, pero tengo por cierto que Danusia permanecerá soltera.

—Yo mismo iré mañana; Dios te bendiga por el consejo que me das.

—Señor preguntó á los nobles conocidos suyos si sabían algo de Danusia y todos contestaron que si se hubiese casado, sería muy recientemente.

Zbischko quedó algo tranquilo y solo pensaba si le convendría desahucarse de Zanderas ó llevarlo con él, ya que entendía el alemán, cuando fuera á desahucar á Lichtenstein; pensaba que el aventurero no le había engañado aún, y aunque su manutención le costaba mucho, pues comía como cuatro, era servicial y tenía la ventaja de saber leer, lo que constituía una superioridad, aún sobre él mismo; así es que decidió permitirle ir con él, hasta Tzechanov. Zanderas estaba muy contento, no solo porque tenía la manutención asegurada, sino porque viajando en buena compañía

265

LOS CRUZADOS

—La verdad la sabremos en la corte. Zanderas le miró con ironía replicándole:

—¿Crees que tengo ir á la corte?

—No digo eso, pero te aseguro que si ahora ni dentro de tres días tendrás caballo propio, y deberás dar gracias al santo de tu nombre al conseguir dentro tus huesos.

—Ea verdad,—dijo Zbischko.

Zanderas, contestó: —Si hubiera querido mentir, hubiese dicho que seguía al joven estaba ó no casado. En vez de eso, dije que no me acordaba, y si hubieras sido hubieras comprendido mi honradez al oír la respuesta.

—Mis sesos no son de la misma pasta que la verdad, que debe ser hermana del alma de un perro.

El tobeque y el alemán siguieron disputando, á hubieran llegado á las manos, á no ser porque Zbischko les hizo callar á ambos.

Mas allá de Seras al camino atravesaba, incansables y espasmos porques, á ambos lados de aquél, había profundas y anchas fosas á fin de evitar el riesgo que para los viajeros constituían las Seras y alimafas que poblaban la arboleda. También algunas que otra vez, cuadrillas de ladrones, emboscadas á los viajeros y como entonces no había vigilancia alguna, los que no sabían defenderse corrían peligro de morir á mano armada.